



Nos el Cardenal Miguel García Guesta, Arzobispo de Santiago.

Á NUESTRO VENERABLE DEAN Y CABILDO, AL CLERO Y
PUEBLO DE NUESTRO ARZOBISPADO, SALUD EN NUESTRO
SEÑOR JESUCRISTO.

Al acercarse el Santo tiempo de Cuaresma, en el cual nuestra madre la Iglesia llama á sus hijos de una manera especial á la penitencia, os debemos, amados hijos nuestros, algunas palabras de exhortacion para que permanezcais firmes en la verdad de la fé que habéis recibido, y no seais como niños que fluctuan y se dejan arrebatarse de todo viento de doctrina. El Apóstol S. Pablo decia á su discípulo Timoteo, Obispo de Efeso, y en él nos dijo á todos los Obispos «Protesto delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos en su venida y en su reino, que prediques la palabra: que instes á tiempo y fuera de tiempo; reprende, ruega, amonesta en

toda paciencia y doctrina; porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, antes amontonarán maestros conforme á sus deseos, teniendo comezon en los oidos; apartarán de la verdad el oido y se entregarán á las fábulas.»

No os parece que el Apóstol pinta nuestros tiempos, en los cuales hay tantos hombres que ódian la sana doctrina, que teniendo comezon en sus oidos los prestan á los nuevos maestros del error, que tanto se han multiplicado, enseñando las cosas mas fabulosas, los mayores absurdos y despropósitos en filosofía, en religion, en la moral y en la política? Si: en filosofía se enseña que no hay Dios: en religion que el cristianismo es una invencion humana, como las falsas religiones que hay en el mundo: en moral se enseña, que puede haberla independiente de Dios, y en política, que la sociedad debe constituirse sin tomar en cuenta la ley de Dios: que la razon del hombre es soberana é independiente de Dios para dictar las leyes que han de regir la sociedad: que ésta debe organizarse de otro modo, suprimiendo toda religion, aboliendo el matrimonio, y negando el derecho de propiedad. Hé aquí indicadas las doctrinas fabulosas, á que se muestran aficionados, á que se convierten, como dice el Apóstol, *ad fabulas autem convertentur*, los que aborrecen la sana doctrina. Una inundacion de escritos saturados de impiedad está asolando la Europa y la América, las naciones civilizadas por el Cristianismo, debilitando mas la fé de los flacos, y arrancándola de raiz de los corazones corrompidos, diciendo los insensatos: «No hay Dios! Nunca se habia visto á una parte considerable del género humano con síntomas de locura, como lo vemos en nuestros dias. Los pueblos antiguos se estraviaron y se forjaron dioses falsos, pero ninguno hubo tan bárbaro que no adorase á algun Dios; todos convenian en la existencia de Dios. Solo se conoció alguno que otro filósofo obscuro que por vanidad negase esa verdad que brilla como el Sol. Pero hoy no es así; no solo algunos hombres que han leído algo, sino hombres totalmente iliteratos, hombres que apenas saben leer, se atreven á decir ¡no hay Dios!

Es probable que casi todos lo dicen sin sentirlo así, lo dicen por vanidad, por el prurito de singularizarse y aparecer superiores á la generalidad de los hombres, lo dicen porque su corazón corrompido desea que no haya un Dios, que en su día les pedirá estrecha cuenta. Este es el secreto de esa aberración inmensa, que se parece mucho á la locura,

Con solo abrir los ojos y contemplar la hermosa fábrica del mundo material conocemos que existe necesariamente un ser inteligente y poderoso, distinto de este mundo, un Dios personal, que ha criado y gobierna todas las cosas; y David decía con razón, *Los cielos pregonan la gloria de Dios.*» *Cæli enarrant gloriam Dei*, y esto ha hecho que el género humano haya reconocido en todos tiempos y en todos lugares la existencia de Dios, como al ver á lo lejos una nave que con varias maniobras se dirige al puerto, cogimos que la guía un piloto inteligente. Porque en efecto, si un hombre hubiera nacido en las profundas galerías de una mina y vivido allí hasta la edad de veinte años, y saliese por primera vez á la superficie de la tierra en una noche serena: al ver la hermosura del cielo tachonado de estrellas, que parece caminan con la luna hácia el ocaso, sin confundirse, sin atropellarse, como un ejército formado en batalla que obedece á la voz de su jefe ¿no quedaría sorprendido de tan magnífico espectáculo? Si pasadas algunas horas viese luego aparecer la rosada aurora y levantarse el Sol como un gigante haciendo magestuosamente su carrera, y derramando torrentes de luz ¿no crecería su asombro? Si observase luego, que las noches se suceden á los días con la mayor regularidad, que las estaciones se suceden también con orden y constancia admirables, y que los movimientos de los grandes cuerpos que giran en el espacio se verifican con una regularidad que nada interrumpe, ¿no conocería, si no era un estúpido, que á este movimiento ordenado, á este armonioso concierto preside un ser invisible, inteligente y dotado de un poder inmenso? El movimiento ordenado de las cosas materiales, que no tienen entendimiento, supone un ordenador inteligente, no puede ser obra del

acaso y de la carencia de entendimiento. Ved aquí el argumento que ha rendido hasta las inteligencias mas vulgares en todo lugar y tiempo, para reconocer y confesar la existencia de Dios. Solo los animales, que no tienen entendimiento, dejan de conocer ese orden y su autor.

¿Qué dirias de un hombre que entrando en un hermoso palacio, al ver la buena distribucion de sus habitaciones, los ricos muebles, que les adornan, las estátuas, las pinturas, las sillas, las mesas, las arañas de cristal etc. dijese que todo era obra de la casualidad, y no de un sábio arquitecto y de otros artistas? Qué diriais de otro que al contemplar la máquina de un reloj, el cual señala exactamente las horas, dijese que no lo había construido un hábil relojero? Pues bien el mismo juicio que formarais de esos insensatos, debéis formar con mas razon del que negase que el inmenso y hermoso palacio de este mundo no ha tenido un sábio arquitecto, que le ha construido, y un artífice inteligente que ha arreglado sus movimientos.

Qué seria, si me fuese permitido descender á considerar cada una de las piezas, de que se compone la gran máquina de este mundo? Todo en el cuerpo humano, por ejemplo, está hecho con maestría: la osamenta para darle consistencia, los músculos y los nervios para recibir y comunicar los movimientos, las arterias y las venas para que circule la sangre impelida por la contraccion y dilatacion del corazon, los pulmones que la purifican, la admirable estructura del aparato de la nutricion, con los dientes duros para masticar los alimentos, con las glándulas salivales para humedecerlos y poderlos tragar, con el estómago que los convierte en un líquido que se difunde por conductos sutilísimos para sustentar la vida, segregando las partes inservibles? Quién al considerar todo esto y mucho mas, no elevará un himno de gloria á la sabiduría del supremo Hacedor? Al que no vea aquí una inteligencia, que todo lo pesa, que todo lo mide, como un gran geometra, preciso es abandonarle á su ceguedad voluntaria. La admirable estructura del ojo, el finísimo tejido del ala de una mosca, vista con el microscopio bastan para convencer al mas estúpido.

La materia es inagotable, A. H. N; permitidme indicar solamente alguna que otra prueba entre las mil que hay de la gran verdad de la existencia de Dios. Todos conocemos que no hemos existido siempre, que comenzamos á ser hace tantos, ó cuantos años; lo mismo conocían nuestros padres, nuestros antepasados. Retrociendo pues, preciso nos es llegar á una primera pareja, á un hombre y una muger, que no fuesen engendrados como nosotros. Porque, ó esta primera pareja brotó de la tierra como los hongos, ó fué formada por un supremo Hacedor, ó existió desde toda eternidad. No cabe mas que una de las tres hipótesis. Si brotó de la tierra como los hongos, porque no brotan ahora otras parejas; como la tierra continúa produciendo plantas? Si el hombre es un mono perfeccionado, porque hasta este punto ha llegado la insensatez de algunos nécios, hacemos la misma pregunta respecto de los monos ¿por qué no los produce ahora la tierra, como produce hongos? Si la tierra hubiera hecho brotar al hombre en el estado de la infancia, no hubiera podido este vivir sin madre que le alimentase y cuidase. Seria necesario decir, que la tierra hizo brotar al hombre ya grande y esto es contrario al orden constante de la naturaleza, que produce los seres vivientes en la infancia, para que vayan creciendo. Esta hipótesis, pues, es absurda. Existiría desde toda eternidad la primera pareja por si misma y sin dependencia de nadie? ¡Ah! en ese caso nunca hubiera muerto, porque nadie podia quitarle la vida: lo eterno no está sujeto á mudanza, no puede tener fin, existiría hoy y hubiera tenido que recorrer una série infinita de años desde la eternidad, y una série infinita no se puede recorrer; porque entonces lo infinito y eterno tendria fin, lo que es contradictorio. Luego la primera pareja fué hecha y formada, y lo que es hecho y formado preciso es que tenga un Hacedor. Luego existe este supremo Hacedor del género humano. Este es el argumento de la vieja que decia á un ateo: «Esta gallina que estás viendo de donde nació?—De un huevo, contestó el ateo—y aquel huevo de donde vino?—De otra gallina.—Y aquella? de otro huevo.—Entonces habrá que

seguir así hasta la eternidad, y tendremos un huevo, ó una gallina eterna, que debía existir hoy, porque lo eterno existe siempre.

No puedo detenerme mas en este punto, porque tengo necesidad de tocar otro tambien importantísimo, y es el relativo á la religion cristiana que tenemos la dicha de profesar, porque es la única verdadera. Habréis visto hombres que se burlan de nuestra religion, como si fuese una invencion humana para engañar á las gentes sencillas: habréis visto periódicos, folletos, libros que destilan hiel, ódio y furor contra nuestra religion, contra sus instituciones, contra el sacerdocio. Pues bien: preguntad á los que pasan por eruditos entre esos enemigos encarnizados de la Iglesia católica y que se dan á si mismos el pomposo nombre de hombres de la ciencia, preguntadles, cuando se escribieron los cuatro Evangelios, en los cuales están consignados los hechos y la doctrina de Jesucristo, fundador divino de la Iglesia, y os responderán que el Evangelio se escribió á fines del siglo primero, ó principios del segundo. No les ha sido posible dar á este divino libro una fecha mas moderna, para debilitar su valor histórico, como quisieran. Nos basta saber por confesion de nuestros enemigos que el Evangelio se escribió hace ya como unos mil y ochocientos años, para reconocer el sello divino impreso en este libro, por la sencilla razon de que en él se anuncian acontecimientos que evidentemente esceden toda prevision humana y que en aquel tiempo debieron parecer absurdos é increíbles; y sin embargo el mundo los ha visto, y nosotros los estamos viendo cumplidos. Solo Dios, que con una mirada penetra los secretos del provenir mas lejano, ha podido anunciarlos. Veamos.

En el capítulo XX del Evangelio de S. Juan se dice sencillamente. «Habiendo pues llegado la tarde de aquel primer dia de la semana, y estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo á los judios, vino Jesus y se puso en medio y les dijo, paz á vosotros; y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado, y se alegraron los discípulos al ver al Señor. Y otra vez les dijo, paz á vosotros: como

el Padre me ha enviado, así también yo os envío á vosotros. Y diciendo estas palabras, sopló hácia ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo: los hombres á quienes perdonáreis los pecados, les son perdonados, y á quienes se los retuviéreis, les son retenidos: *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis, et quorum retinueritis retenta sunt.* Ved aquí la narración del Evangelista escrita hace unos mil y ochocientos años según la confesión misma de nuestros enemigos. Jesucristo se presenta el domingo de resurrección por la tarde en medio de sus discípulos en la casa donde estaban reunidos: los saluda, les muestra las heridas de las manos y del costado para que no dudasen de que era él mismo. Los saluda de nuevo y tomando la actitud de un Dios, les dice, como el Padre me ha enviado, así también yo os envío. Y dirigiendo hácia ellos su aliento, les dice, recibid el Espíritu Santo, y añade, á quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, y á quienes se los retuviéreis, les son retenidos.

En esa actitud de Jesucristo, en ese soplo de su corazón que envolvía á sus Apóstoles como en una atmósfera divina, en las graves palabras con que acompañó ese misterioso acto de comunicarles su aliento, su espíritu, su vida, ¿quién no vé al Hijo de Dios promulgando una ley importante, instituyendo una cosa grande, sublime, divina, el sacramento de la confesión? Lo primero que se presenta á la vista es, que Jesucristo establece un tribunal y un juicio para perdonar ó retener los pecados, para atar ó desatar. Los Apóstoles tienen que hacer un discernimiento entre pecadores y pecadores, para absolver á unos y negar á otros la absolución. Y puede hacerse este juicio sin que el sacerdote conozca los pecados y el estado del pecador? Y puede conocer esto sin que el pecador se lo manifieste? Luego Jesucristo, al autorizar á los Apóstoles y al sacerdocio cristiano para pronunciar fallos tan opuestos, exigía la confesión del pecador. Sin eso la sentencia del ministro de Jesucristo sería temeraria y dada al acaso. ¿Ni como un Dios justo se había de comprometer á ratificar en el cielo lo que su ministro hiciese así á ciegas en la tierra?

Jesucristo en el negocio del perdón de los pecados, que tanto interesa al hombre, quiso claramente que interviniesen tres personas el pecador, el sacerdote y Dios. Los hombres, dijo, á quienes perdonareis vosotros los pecados les son perdonados. Ved aquí ya dos personas, el hombre pecador por una parte, y el ministro por otra; los pecados les son perdonados. Y por quién? Claro es que por Dios; hé ahí la tercera persona que interviene. Luego cuando Jesucristo exige la intervencion de tres personas, no bastan dos. Conoced ya el valor de la blasfemia de aquellos que dicen hoy, como decían algunos en tiempo de S. Agustin, en el siglo V, «yo me confieso con Dios: no necesito hacerlo con el sacerdote. No es esto querer corregir al mismo Dios? Os habiais rebelado contra él y para volveros á su amistad y abriros el cielo, os pone la condicion de humillaros, confesando á su ministro vuestro pecado, y no quereis admitir la condicion! Y sin embargo nada es mas natural, nada mas justo, que el que un Dios, ofendido por el orgullo del hombre, exija como satisfaccion ese acto de humildad. La confesion sacramental es la inmolacion del orgullo del hombre ante Dios; es la inmolacion de la voluptuosidad de los sentidos por la violencia que se hace á sí mismo el pecador al tener que confesar sus flaquezas. La ley de la confesion, sin embargo, tiene sus raices en las profundidades del corazon humano: es una necesidad de nuestra naturaleza. El pecado es un peso que oprime y por mas que el hombre se empeñe en olvidarle, se presenta como un fantasma aterrador que dice, aquí estoy: tu me hiciste. El pecado, han dicho los doctores de la Iglesia desde Orígenes en el siglo III, es para el alma lo que un veneno ó una comida indigesta para el estómago, el cual está desasosegado y experimenta congojas hasta que lo arroja, y despues queda tranquilo. Aquellos á quienes perdonareis los pecados le son perdonados, y á quienes se los retuviéreis le son retenidos: lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo, y lo que atareis en la tierra, en el cielo será atado.

Pues bien: estas palabras, ó son de un Dios, ó de un insensato. Porque, quien puede perdonar los pecados sino

Dios, ó uno á quien él autorize para hacerlo? Quién puede comunicar la gracia de la santificación sino el que es la fuente de ella, ó el que esté revestido de poderes divinos para producir esta sobrenatural transformación de las almas? En la sociedad civil nadie puede conceder indulto sino el jefe del Estado, ó una persona delegada por él. Así sucede también en la sociedad que tenemos con Dios. *Recibid el Espíritu Santo, á quienes perdonéis los pecados les serán perdonados!* Palabras sobrehumanas! Qué hombre ha hablado así jamás?

Pero, si son divinas esas palabras, es más divino, si cabe, su cumplimiento. Desde que se pronunciaron, los hombres comenzaron á arrodillarse á los pies del sacerdote de Jesucristo, y los vemos arrodillarse hoy desde el fiel más humilde hasta el mismo Pontífice, Cabeza de la Iglesia, para confesar sus culpas y obtener el perdón, si por su sincero arrepentimiento lo merecen. Qué importa que los protestantes hayan tenido la desvergüenza de decir que la confesión comenzó en el siglo XIII, si todos los escritores de todos los siglos anteriores se levantan de sus sepulcros para desmentir esa calumnia, atestiguando en sus escritos que la confesión sacramental estaba en uso en su tiempo? Jesucristo estableció la ley sin señalar tiempo para su cumplimiento, y la Iglesia en el siglo XIII, viendo la pereza de muchos cristianos para purificarse de sus pecados en esta piscina espiritual, mandó bajo severas penas, que todo cristiano se confesase una vez á lo menos en cada año. Este es el precepto eclesiástico; pero el precepto divino de la confesión para obtener el perdón de los pecados existía desde que Jesucristo pronunció aquellas memorables palabras. Confunden lastimosamente los protestantes dos cosas que son diversas, el precepto de la confesión, y el señalamiento del tiempo dentro del cual debe hacerse. El uno es precepto divino y el otro eclesiástico. La Iglesia podría mandar hoy que todos los fieles se confiesen dos veces al año, ó que solo lo hiciesen de dos en dos años, modificando en uso de su potestad el precepto del Concilio lateranense.

Mas dejando esta digresión, que no es inútil en estos

tiempos, fijad vuestra consideracion en el cumplimiento de las divinas palabras de Jesucristo. Es un hecho indudable, un hecho evidente en la historia de la Iglesia, que en todos los siglos del cristianismo los fieles han practicado la confesion sacramental: que el hombre se ha arrodillado ante el hombre para manifestar sus flaquezas, y obtener el perdon. Todo es aquí divino, la ley que ningun poder humano ha podido imponer sin declararse loco, y la obediencia á esa misma ley, que el orgullo del hombre no hubiera observado sin la gracia que le rindiese. La palabra de Jesucristo sin su cumplimiento hubiera sido la palabra de un loco: esa palabra cumplida, como la han visto todos los siglos, es la palabra de un Dios. Quién podria prever, si no fuera Dios, que el mundo entregado como estaba en aquel tiempo á los mas espantosos desórdenes de la idolatría, al desenfreno de todas las pasiones, se había de humillar y someterse á la ley de la confesion? Solo intentarlo parecería un delirio; y sin embargo se ha cumplido y se está cumpliendo esa ley que vence el amor propio y doma el orgullo del hombre. Quién no reconoce aquí la autoridad de un Dios, que legisla, y el poder de su gracia que subyuga los corazones?

Despues de esa palabra que fundó el ministerio de la reconciliacion de los pecadores, palabra divina y divinamente cumplida, quiero que oigais la que fundó el apostolado perpétuo, la autoridad divina doctrinal, y que no es menos divina en sí misma que en su cumplimiento. Estando ya el Señor próximo á partir de este mundo para volverse al Padre, dice S. Mateo en el Capítulo XXVIII de su Evangelio, que habló á sus discípulos de la manera siguiente: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo.» Qué palabras! Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, dice. Quién puede decir esto sin orgullo ni mentira si no es Dios? Toda potestad en el cielo y en la tierra! No se le

ha reservado nada, la tiene toda como Dios. Si Jesucristo no fuese Dios, seria preciso decir, horrible blasfemia! que era mas orgullosa que Lucifér; y sin embargo era manso y humilde de corazón, exhortando á los hombres á que aprendiesen de él esta humildad y mansedumbre, *Discite á me quia mitis sum et humilis corde*, y lo mostraba bien, cuando decia á los que lo impedian, dejad que los niños se acerquen á mi, cuando perdonaba á la Magdalena y á la muger adúltera, cuando curaba á los pobres, cuando se dejaba llevar al suplicio sin abrir su boca como oveja que es llevada al matadero, cuando clavado en la cruz y escarnecido allí por sus enemigos no se irritaba ni maldecia, sinó que decia solamente: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. Y sin embargo dice sin orgullo ni mentira que tiene toda potestad en el cielo y en la tierra.

Y en uso de esta potestad dice á los once pescadores: «Id y enseñad á todas las gentes: que es como si dijera: yo os envio, no á una ciudad como envié á Ninive al profeta Jonás, no á un pueblo como envié á Elías á las tribus de Israel, sino á todas las naciones: os envio á la conquista del mundo que veis entregado á la adoracion de los Dioses falsos, sepultado en las tinieblas de la idolatria; os envio á derribar de sus altares á Júpiter Capitolino, ante quien doblan la rodilla los conquistadores romanos, á abolir el culto infame de una Venus prostituta, de un Baco beodo, de un Márte sanguinario, haciendo que los pueblos adoren solo al Dios verdadero y á su Hijo, que soy yo hecho hombre y muerto en una cruz para satisfacer á la eterna justicia por los pecados del hombre: os envio para que saqueis al género humano del fondo de la corrupcion en que está sumido, y hagáis que se someta á la santa severidad de mi Evangelio. Qué? os parece árdua la empresa? Os envio sin armas, sin dinero, sin nada de lo que sirve á los conquistadores romanos: os envio *como corderos entre lobos*, (1) no á matar, sino á morir por mi nombre, y muriendo sin defenderos con-

(1) Luc. X. 3.

quista: éis el mundo y le obligaréis á arrodillarse ante mi cruz. Se levantarán contra vosotros todas las fuerzas del infierno, la espada de los Césares, la ciencia de los filósofos, la envidia de los Sacerdotes de las falsas divinidades, las pasiones todas que no querrán sufrir el yugo; pero *confiad: que yo he vencido al mundo* (1) en la cruz. *Id. pues, y predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere y fuere bautizado se salvará: el que no creyere será condenado*, (2) y tened entendido añadió últimamente, que yo estoy con vosotros sosteniéndoos invisiblemente hasta el fin del mundo.

Qué hombre habló jamás de esta manera? Quién ha podido soñar, sin ser un loco, en formar un imperio sobre las almas fundando un poder universal è imperecedero? *Id. y enseñad á todas las naciones:* he aquí el poder universal del magisterio. Mirad que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo: he aquí, su perpetuidad. Trasladaos ahora con la imaginacion á aquel día en que hace mil y ochocientos años pronunció Jesús esas palabras: despojaos de las ideas que la fé os ha hecho formar de su grandeza y de su divinidad: consideradle como un hombre solamente, semejante á los demás. Que hubierais dicho al oírle aquellas memorables palabras? Yo confieso por mi parte que hubiera dicho que era un delirante, que estaba loco. Fundar un imperio que se habia de estender por todo el mundo, y que habia de durar hasta el fin de los tiempos, y esto por medio de unos pobres pescadores de Judea, rudos, ignorantes como los pescadores de nuestras rias, sin armas, sin dinero, sin cultura en un siglo tan culto, esto parece tan gran locura como seria el querer fundar una ciudad en el aire, querer cojer la luna con las manos. Y sin embargo el que habló de aquel modo, como Señor que era y es de los corazones y de los tiempos ¿no ha cumplido su palabra, cuyo cumplimiento humanamente hablando era imposible? ¿No tenemos á la vista esa autoridad religiosa de los Obispos católicos, sucesores de los Apóstoles, esparcidos por todo el mundo, autoridad que ha existido en todos los siglos y que existe

(1) Joan. XVI. 33.—(2) Math. XVI. 15.

hoy y existirá mañana hasta el fin de los tiempos? Y qué consecuencia debeis sacar al ver que se ha verificado lo imposible? La consecuencia es que Jesucristo no era solo un hombre, sino que era Dios que todo lo puede. *Non erit impossibile apud Deum omne verbum.* La omnipotencia que todo lo vence, es el carácter, el sello de la divinidad

Hay mas. El Señor establece la potestad en la unidad. Un dia habia dicho á uno de aquellos pobres pescadores, Tú te llamas Simon; en adelante serás llamado piedra, Cephas; y otro dia añadió cap. XVI de S. Mateo, «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del reino de los cielos,» que es esa misma Iglesia. Y tambien en otra ocasion «yo he rogado por ti para que no falte tu fé, y tu convertido una vez confirma á tus hermanos. Apacienta mis corderos: apacienta mis ovejas, esto és, toda mi grey. Ved aquí la autoridad de un pastor Supremo á quien habrán de estar subordinados los demás pastores y toda la grey. Porque él es cimiento, la piedra firme sobre la cual se edificará la Iglesia, á él se dan como Vicario de Jesucristo las llaves de su reino, á él toca confirmar y fortalecer á sus hermanos cuando desfallezcan: él debe apacentar, como pastor universal, toda la grey de Jesucristo.

Es ciertamente cosa divina decir á un pobre pescador del mar de Galilea, fundo en tí una dinastía inmortal, cuyo poder se estenderá á todos los siglos y á todas las naciones. Pero si es cosa divina el decirlo, es cosa mas divina, si cabe, el haberlo realizado. Venid pues, diremos con un célebre escritor, venid los que hasta ahora no habeis examinado bien á la Iglesia, venid y ved. *Venite et videte.* Ved como la autoridad de Pedro desde el centro de la unidad se ha extendido siempre y se estiende por todas partes; ya en el siglo I S. Clemente tercer sucesor de Pedro escribe á las iglesias de Grecia cumpliendo su cargo de pastor universal. S. Ireneo, venido de Oriente en el siglo II á regir la Iglesia de Lyon de Francia, enseña en sus escritos la primacía de la Iglesia de Roma con la cual deben con-

formarse todas las iglesias. En el siglo III los Papas S. Estéban y S. Dionisio ejercen en Asia y en Africa el mismo poder que S. Clemente habia ejercido en Grecia; y esta semilla semejante al grano de mostaza se va extendiendo en los siglos siguientes. A los demas poderes se les escucha cuando están armados: á los Reyes se obedece donde mandan; pero el poder de Pedro, del Pontífice Romano se ejerce donde él no tiene el gobierno temporal. Se confiesa la fé, de la cual es órgano y custodio, en todas las regiones, y en todas se muere por ella. No veis esa gerarquía de jurisdiccion espiritual, esa soberanía sagrada que se ejerce en todas partes, aun en presencia de los poderes mas hostiles, de los Nerones, de los Diolecianos y de los Reyes que la desconocen en Inglaterra, en Alemania, en la India, en la China, en la América y aun entre los salvages, que nuestros Misioneros procuran civilizar y convertir al Cristianismo, arriesgando sus vidas y perdiéndolas muchas veces á manos de hombres antropófagos? Esa admirable gerarquía estendida por todo el mundo no tiene mas que un jefe á quien todos los católicos obedecemos, y reconocemos como Vicario de Jesucristo, infalible cuando define solemnemente acerca de la fé, ó las reglas de las costumbres.

Los poderes humanos desde su altura han solido mirar como cosa débil á esta autoridad espiritual del Pontificado, y frecuentemente la han perseguido para aniquilarla. Los treinta Papas de los tres primeros siglos mueren todos á manos de los Nerones, de los Decios, de los Diolecianos. Desaparecen estos con su tiránico imperio y queda el Pontificado. Los emperadores que abrazaron el Cristianismo temerosos de no ser considerados en Roma sino como una segunda magestad, eclipsados por la del Pontífice, trasladan la silla del imperio á Constantinopla. Cae su imperio en Occidente á los rudos golpes de los pueblos del norte y el Pontificado queda. Carlo-Magno le restablece por un momento para desaparecer luego, y el Pontificado queda: vuelven á levantarlo en la edad media los emperadores de Alemania: pero ellos pasan y el Pontificado queda: cae por fin el imperio de Constantinopla,

de esta segunda Roma, rival y enemiga de la primera y el Pontificado queda. El Capitan del siglo como se ha llamado á Napoleon I, este nuevo César atraviesa como un huracan la Europa, derriba los tronos, lleva cautivo á Pio VII, diciendo en su orgullo que las excomuniones de un anciano no harán caer las armas de las manos de sus soldados, y el soplo helado que viene de lo alto entumece los brazos de sus soldados en la campaña de Rusia, y los fusiles se caen materialmente de sus manos; y despues de otras catastrofes el Capitan que asombró á sus contemporáneos espira amarrado en la roca de Santa Elena, isla perdida en la inmensidad del Oceano, y Pio VII vuelve á Roma entre los aplausos de todas las naciones. Pio IX oprimido por sus enemigos huyó á Gaeta, y la Europa se conmueve y no cesa hasta verle restablecido en la ciudad eterna. Hoy está sufriendo una suerte semejante: está cautivo en el Vaticano: los Gobiernos le desamparan; pero los pueblos le envían mensajes de amor y el óbolo de la caridad, y el palacio del Vaticano se muestra mas radiante de gloria que el del Quirinal. Ignoramos la suerte que Dios tendrá preparada á Pio IX; pero sabemos de cierto que cuando sea llegada la hora que Dios tiene marcada, el soplo de lo alto barrerá á los enemigos de la Iglesia, y el Pontificado permanecerá. *Non prævalebunt adversus eam.* Esta palabra se ha cumplido siempre y tambien se cumplirá ahora. Esperemos. Dios es eterno, y no tiene tanta prisa como nosotros; porque no conocemos los sábios designios de su providencia. No cesemos de orar, para que abrevie los dias de prueba, mandando se serenen las olas del mar embravecido.

Los insensatos, que miran hoy al Pontificado como una ruina, consideren la diferencia que hay cuando se toca al Pontífice y cuando se toca á los Reyes. A unos y á otros se les ha tocado en el discurso de los siglos y en nuestros dias: hemos visto Reyes destronados y Papas que han tomado el camino del destierro. ¿Ha seguido la Europa á los Reyes que se han ido? Han dado los pueblos grandes muestras de sentimiento? Y sin embargo, la Europa se conmueve al ver á Pio IX fugitivo en el reino de Nápo-

les, y los pueblos, ya que no los Gobiernos, muestran hoy las mas ardientes simpatías por Pio IX, cautivo en el Vaticano, oran, se agitan, y manifiestan de mil modos su ansiedad por el ilustre cautivo. Qué hay en este poder tan débil en la apariencia, y que se ha mostrado siempre invencible? Hay la palabra de Jesucristo, que dijo, que *edificaria su Iglesia sobre esta piedra y que las fuerzas del infierno no prevalecerian contra ella; y tambien, mirad, que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.*

Resumamos. Jesucristo manda confesar los pecados al sacerdote para obtener el perdon, y los hombres se han prestado á manifestar sus conciencias: Jesucristo establece el apostolado perpétuo y universal para formar su Iglesia que es su reino espiritual, estendiéndolo en todas las naciones y hasta en las islas mas remotas, y este reino se forma con los instrumentos mas débiles que tienen que luchar contra todas las fuerzas del infierno y del mundo conjuradas para aniquilarlos, y subsiste victorioso de todas las resistencias. Jesucristo sienta como base de su obra, para darla unidad, un poder indefectible en la persona de Pedro, y contra ese poder desarmado se han estrellado siempre todas las fuerzas, y han quedado burlados todos los ardides. La promesa por una parte, y por otra el hecho brillante de su cumplimiento. Quién no vé aquí lo sobrenatural, lo divino? El edificio de la Iglesia es evidentemente una obra sobrehumana, ya en el pensamiento del sábio arquitecto que le ideó, ya en la fuerza que le ha realizado. «Nosotros, decía S. Pablo (1. Cor. 1. 24) predicamos á Cristo crucificado, que para los judios es un escándalo, y para los gentiles una necedad: mas para los judios y gentiles que son llamados, Cristo es la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios; por que lo que parece necio en Dios es cosa mas sábia que los hombres, y lo que es flaco en Dios es mas fuerte que los hombres.» Si: Jesucristo es la sabiduría de Dios: es la virtud de Dios: es Dios como su eterno padre, y su religion es la única religion divina. Ved aquí la gran consecuencia que sale naturalmente de la palabra de Jesucristo al establecer la con-

fesion de los pecados hecha al nuevo sacerdocio y su cumplimiento; de la palabra de Jesucristo que envía á unos pobres pescadores á fundar su reino en todas las naciones y el hecho brillante de la conversion del mundo para adorar al Dios criador del cielo y de la tierra y á Jesucristo su hijo encarnado y al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, á Dios uno en la esencia y trino en las personas; de la palabra de Jesucristo que crea un poder débil al parecer, que dé unidad á su reino, y que resista todos los embates del mundo, saliendo siempre victorioso en las luchas que habia de sostener contra todas las pasiones. Ved aquí porque creemos. Decid ya á todos los ignorantes (porque ignorantes son los que no han fijado la atencion en estas cosas y en otras muchas que demuestran hasta la saciedad que nuestra religion no es ninguna invencion humana, sino que es emanada del cielo) decid á los que blasfeman lo que no conocen, como decia S. Pablo, *scio cui credidi*, sè bien á quien he creido: dejadlos, que son *ciegos y guías de ciegos* (1).

Dios ha hablado, y ha hablado por medio de su Hijo que vino á este mundo. Ved aquí el hecho mas grande, mas importante que se registra en la historia, hecho que Dios ha puesto en el sol, para que lo vean todos los que no se empeñen en cerrar los ojos, hecho que el Señor ha querido rodear de tales testimonios, que es necesario admitirle, ó negar los hechos todos de la historia; porque ninguno tiene á su favor pruebas tan irrefragables. Que lo examinen los hombres; que descendan con la antorcha de la razon á reconocer los cimientos del edificio de nuestra Religion, y verán que están asentados por la mano de Dios, que tienen un sello divino, el sello de los milagros y profecias que solo Dios puede poner á una religion. No he hecho mas que indicaros uno de esos innumerables milagros de Jesucristo que todos podéis comprobar, la institucion de la confesion y la sumision del mundo á esta ley que doma lo mas indomable, el orgullo del hombre: la formacion de la Iglesia, del reino universal de Jesucristo

(1) Math. XV. 14.

crucificado, á quien el mundo viene adorando como Dios hace mil ochocientos años: la institucion del Pontificado, como piedra fundamental de la Iglesia, contra la cual se han estrellado todos los esfuerzos del infierno. Todo esto es sobrehumano. Los hombres no han podido concebir estos proyectos, y mucho menos llevarlos á cabo por la predicacion de unos pobres pescadores de Galilea enviados por Jesucristo. Luego Jesucristo es Dios, y su palabra es la verdad descendida del cielo.

Nosotros tenemos la dicha de haber creído esa verdad, y debemos á Dios reconocimiento por el don de la fé, y solicitud para conservarla. *Sin la fé*, dice el Apóstol (Hebr. XI, 6.) *es imposible agradar á Dios*. La fé es el fundamento y la raiz de nuestra santificacion. Por la fé han vencido los Santos todos los obstáculos, han triunfado de todas las dificultades, han conquistado el reino de los cielos. La fé es no solamente nuestra fuerza, sino tambien nuestra luz, es una antorcha divina que nos alumbraba en medio de las tinieblas de este mundo, para demostrarnos las verdades que debemos creer, si hemos de ser salvos. *Porque el que no cree ya está sentenciado, qui non credit jam judicatus est*, decia el Señor á Nicodemus, (Joan. 3. 18). Infeliz de aquel que apaga esta luz en su corazon! Porque desconoce al Dios que le ha criado á su imagen y semejanza: desconoce á su unigénito Hijo, que nos salvó á costa de su preciosa sangre para pasarnos de la esclavitud del Demonio á la libertad de hijos de Dios. Nosotros hemos sido llamados de las tinieblas á su luz admirable. Conservemos cuidadosamente este don, este tesoro, ese fuego sagrado que se apaga, ó no produce calor para vivir la vida de los hijos de Dios, si no le alimentamos con las buenas lecturas, con la instruccion. Conservad ese depósito que Dios os ha entregado, para que con él compréis el cielo. Dad gracias al Señor por esta bondad, por haberos hecho nacer de padres cristianos, y mostraos solícitos porque nadie os arrebathe este tesoro.

Los peligros nos amenazan principalmente en estos tiempos de seduccion, los hombres impios que instigados por el Demonio quisieran arrastrar á los demás á la im-

piedad, y los periódicos, los folletos, los libros malos que envenenan á los imprudentes que se entregan á su lectura. Huid cuanto os sea posible de esos hombres orgullosos, que se levantan contra Dios: de esos desventurados que habiendo padecido naufragio en la fé, quieren hacer os naufragar tambien á vosotros. Estos emisarios de Satanás, mas terribles que ese espíritu de la mentira, emplean el sofisma, la calumnia, la burla para engañar: atacan nuestros dogmas, porque son no contrarios, sino superiores á nuestra débil razon, sin haber examinado el hecho grande de la revelacion divina, sin considerar que la naturaleza está llena de misterios, de cosas incomprensibles, y que por consiguiente, Dios debe con mas razon estar rodeado de una luz inaccesible. Atacan el Sacerdocio, las mas de las veces con calumnias, otras imputando á todos el defecto de uno, que se olvida de la santidad de su ministerio, sin considerar que la perfidia de Júdas no manchó á los demás Apóstoles. Huid de esta clase de hombres perversos, y si no es posible esto, cerrad los oidos á la seduccion: confesad vuestra fé, venciendo todos los respetos humanos, y no os avergoncéis de someteros mas bien á la palabra de Dios, que á las blasfemias de un insensato. «El que me confesare delante de los hombres, dijo el Señor, yo le confesaré delante de mi Padre; y el que me negare delante de los hombres, yo tambien le negaré delante de mi Padre.» (1)

No os turbeis, cuando oigais á estos predicadores de la impiedad; y si sus palabras dejaren alguna vez una impresion funesta en vuestra imaginacion, apartadla de ella hácia otro objeto, diciendo como los Apóstoles: *Señor, auméntanos la fé*; adauge nobis fidem. (Luc. XVII.) Es la tentacion, que no es pecado, cuando no se consiente en ella. El profeta Jeremias escribió una carta á los cautivos del pueblo de Dios (Baruch. VI) que el Rey de los Babilonios habia de llevar á Babilonia y les decia: «Por los pecados que habeis cometido delante de Dios sereis llevados á Babilonia cautivos por Nabucodonosor..... vereis en

(1) Math. X. 32.

Babilonia dioses de oro, y de plata, y de piedra, ser llevados en hombros, poniendo miedo á las gentes. Guardaos, pues, de imitar los hechos extranjeros, y de temerlos, ni os tome miedo á causa de ellos, y cuando veais la turba que los adora, decid en vuestro corazon: Tu debes ser adorado, Señor.» Así tambien vosotros, amados hijos nuestros, que vivis en medio de la actual Babilonia, en medio de la confusion de todas las ideas, cuando á la verdad se la llame mentira y á la mentira verdad, decid, al ver á algunos insensatos hacer público alarde de impiedad: Tu solo, Señor, eres la verdad, Tu solo debes ser creído y adorado.

Qué os diré del segundo peligro que os rodea? Ya os hemos advertido otras veces, como se tienden lazos á vuestra religion con tantos escritos perniciosos como circulan, merced á una libertad mal entendida. Apartad de vosotros los periódicos irreligiosos, los folletos impios, las historias mentirosas, los tratados en que el dogma y la moral no son respetados. ¿Quién ignora que la lectura es el alimento del alma, como los manjares lo son del cuerpo? Un manjar emponzoñado mata el cuerpo, y de la misma manera la lectura de un libro malo mata el alma. No tenteis á Dios esponièndoos á esos peligros sin necesidad. La fé es un don de Dios, y Dios suele retirar sus dones de los temerarios que aman el peligro. El Espíritu Santo lo dice: qui amat periculum in illo peribit. (1) No me digáis que estais firmes en la fé, y que no os seducirán esas lecturas perniciosas. Ah! amados hijos nuestros, preguntad á los que han perdido la fé, la causa que ha producido en ellos esa desgracia, y os responderán los mas que la lectura de algun libro. Así lo confiesan los estraviados que vuelven arrepentidos al seno de la Iglesia. «Dios que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, él mismo resplandeció en nuestros corazones para iluminacion del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo, decia S. Pablo (2 Cor. IV, 6) pero, añadía, tenemos este tesoro de la fé en vasos de barro, que son frágiles.» A qué esponerlos al choque de doctrinas perversas?

(1) Ecclesi 8. 18.

No es esto una falta de cordura? No véis que es fácil se rompa con el choque ese vaso frágil y se derrame el precioso bálsamo de la fé, que debe conservarse íntegro?

Si: porque la fé es una é indivisible, es como un edificio, cuyas piedras están tan enlazadas, que arrancada una se resienten las demás, y todo él se arruina. El que niega uno de los artículos enseñados por la Iglesia los niega todos, porque la fé estriba en la veracidad de Dios: creemos porque ha hablado el que no puede engañarse ni engañarnos. La Iglesia, esto es, el cuerpo de los pastores con el Papa á la cabeza, es como la lengua de Jesucristo, es el órgauro por donde él nos habla hoy, como habló por si mismo á los Apóstoles, de quienes dijo: «Quien á vosotros oye, á mi oye; quien á vosotros desprecia á mi desprecia.» (1) «Id, y enseñad á todas las gentes, y mirad que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.» (2) «Si no oyere á la Iglesia sea para ti como un gentil y un publicano.» (3) «Somos los legados los embajadores de Jesucristo,» decia el Apóstol (4). He aqui los titulos de nuestro ministerio; á nadie mas que á los Obispos y al Papa ha encomendado Jesucristo la enseñanza de su religion, y el Papa es el que decide de una manera infalible, donde está la verdad en materias de fé y costumbres enseñada por el Hijo de Dios á su Iglesia desde el principio. Asi, por ejemplo, se desea saber que enseñó Jesucristo acerca de la naturaleza del matrimonio; pues bien, el Vicario de Jesucristo ha declarado que entre los católicos no hay hoy matrimonio válido sino se celebra canónicamente ante el párroco propio y dos testigos, y que el matrimonio llamado civil, por si solo, no produce vínculo conyugal, sino que es solamente una formalidad para gozar de los derechos civiles. En una palabra, que los casados solo civilmente no son casados delante de Dios. He aqui lo que enseña la Iglesia sobre este puuto. ¿Qué importa que algunos legistas se empeñen en hacer creer otra cosa? Un cristiano sabe que Dios le ha de juz-

(1) Luc. X.—(2) Math. XXVIII.—(3) Math. XVIII. 17.

(4) I. Cor. V.

gar, no segun las opiniones de los legistas, sino segun las leyes de la moral que él enseña por medio de su Iglesia. Habréis oido tambien que hay una asociacion que pretende abolir toda autoridad, desterrar el matrimonio, hacer desaparecer el derecho de propiedad. No deis oidos á estas abominables doctrinas reprobadas evidentemente por el Evangelio, y que nos llevarian á la última degradacion del estado salvaje. Sin autoridad no puede haber sociedad, como sin el alma no puede vivir el cuerpo: sin matrimonio la sociedad se convertiría en un gran lupanar: y sin el respeto al derecho de propiedad, la sociedad seria una compañía de ladrones. A esto quisieran reducir al género humano hombres desatentados sin Dios, sin moral, sin los eternos principios de justicia, que son la única base de la sociedad. A tal grado llega hoy la perversion de las ideas en el mundo! Nunca se vió semejante aberracion ni aun en los pueblos gentiles.

Señor, conservad y aumentad en nosotros la fè que salva: haced que creamos de corazon y confesemos con la boca, y mucho mas con nuestras obras esa fè sagrada que tantos mártires han sellado con su sangre, que tantos confesores y vírgenes han proclamado ante los tiranos. O santa fè de nuestros padres, permanezca entre nosotros para hacer nuestra gloria, como hizo la de ellos: no nos arrebaten este tesoro otros pueblos mas dóciles y mas justos apreciadores de su valor.

Y vosotros ministros del Santuario, y cooperadores nuestros, haced brillar incesantemente esta luz ante los pueblos que os están confiados. Hacedo todo para todos para ganarlos á todos como dice el Apóstol. Acomodad vuestras instrucciones á la capacidad de las inteligencias, pero *tratad bien la palabra de la verdad*, (2 Timoth. 2 15) esto es, que espongaís y espliqueis la palabra de Dios, no la del hombre, ora sea el alimento sólido que se dá á los perfectos, ora la leche de los niños. Esplicad á estos los rudimentos de la fè de manera que puedan entender por medio de semejanzas de cosas que les sean familiares. No os contenteis con tomar la doctrina: enseñadla principalmente en este tiempo de cuaresma y en todos los dias de

obligacion de oír Misa, como lo prescribe el Concilio de Trento. Esta es la primera obligacion de un párroco. No se os pide que compongais sermones conforme á las reglas de la Retórica, sino que espliqueis é inculqueis las verdades contenidas en el credo, los mandamientos y los sacramentos. Estudiad un catecismo mas esteuso que el vulgar, y tendreis materia para vuestras pláticas sencillas. A los que vivan desgraciadamente apartados de la religion, decidles, cuando se presente ocasion, alguna palabra de vida. Quien sabe, si ese hombre indiferente, que desprecia lo que ignora, vendrá bien pronto como una oveja extraviada al redil, para regocijar á su pastor?

Padres cristianos, madres de familia, pasad á vuestros hijos el depósito sagrado de la fé. La mision de una madre de familias es grande; por medio de ella suelen venir á la casa todos los bienes, la religion, la virtud, el órden y la prosperidad. Enseñad á vuestros hijos desde la tierna edad á conocer á Dios por sus obras maravillosas, hacedles aprender la oracion que nos enseña el mismo Jesucristo: inspiradles la devocion á la Santísima Virgen: enseñadles á que se aparten del mal y obren el bien. Sus corazones son como la cera blanda, donde todo se imprime. Estas primeras impresiones siempre quedan, y aun cuando algun dia llegasen á oscurecerse por el tumulto de las pasiones, recobran no pocas veces su imperio.

Vivamos todos de la fé, aguardando la bienaventurada esperanza y la venida gloriosa de nuestro gran Dios y salvador Jesucristo. Debemos creer todas las verdades que él nos ha enseñado y nos propone por medio de su Iglesia; pero estamos obligados á obrar conforme á esa fé. Bueno es, sin duda, asistir á nuestros templos, hablar con respeto de la religion, rezar algunas oraciones. Esto es una señal de que no está del todo estinguida la fé en vuestros corazones: pero si no pasais de ahí, esto no es bastante para la salvacion. Jesucristo, que es la verdad, dijo ciertamente, *el que creyere y fuere bautizado se salvará; pero el que no creyere se condenará* (Marc. XVI). *Mas tambien dijo, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos* (Math. XIX). La fé sin obras es muerta, dice el

Apóstol Santiago en su Epístola cap. 2, y añadía: *¿de qué servirá si alguno dijere que tiene fé y no tiene obras? Por ventura la fé podrá salvarle?* La fé es la raíz de la vida espiritual, pero si esa raíz no comunica su jugo á las ramas no pueden brotar de ellas el fruto de las buenas obras, sin las cuales no hay salvacion. La fé que salva es la fé viva, la fé que obra por medio de la caridad cumpliendo la ley de Dios, los preceptos de la Iglesia y demás obligaciones. Avivemos esa fé con la meditacion de las verdades reveladas. Os damos nuestra bendicion pastoral desde lo mas íntimo de nuestro corazon.

En Santiago á 8 de Febrero 1872.—*Miguel Card. García Cuesta.*—Por mandado de S. Ema. el Arzobispo mi Señor, *Lic. Pablo Cuesta*, Secretario,



Santiago: Imp. de J. Souto Diaz.—Rúa Nueva 25.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00372336

